



FEDERACIÓN INTERNACIONAL
Fe y Alegría

Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social

Fe y Alegría Calidad

Contenido

3

EDUCACIÓN *DE*
VALORES COMO
EDUCACIÓN *EN*
VALORES

4

1. ¿QUÉ SON LOS
VALORES? ¿SE
PUEDEN ENSEÑAR?
LA APUESTA POR
UNA EDUCACIÓN
EN VALORES

14

2. LOS PROCESOS
ESCOLARES EN
LA FORMACIÓN
EN VALORES

26

3. EL TEMA DE
VALORES DESDE
LA PERSPECTIVA
DE FE Y ALEGRÍA

Equipo Editorial

Responsables de la edición:

Víctor Murillo
Coordinador General PI
Elizabeth Riveros
Coordinador Ejecutiva PI
Jonathan Melo Sarta
Asistente técnico de la unidad de servicios
de evaluación e investigación (USEI)

Diseño y diagramación:

María Fernanda Vinuesa

Edita y distribuye:

Federación Internacional Fe y Alegría
Movimiento de Educación Popular.
Diagonal 34 No. 4-94
PBX: 3209360 // Fax: 2458416
fi.calidad@feylegria.org.co
Bogotá, Colombia.

Impreso por Ladiprint Editorial S.A.S.



Educación de valores como educación en valores

Esta publicación tiene como objeto presentar una propuesta de trabajo del tema de formación en valores en instituciones educativas. Aunque está diseñada para las escuelas que implementan el Sistema de mejora de la calidad educativa de Fe y alegría (SMCFyA) puede ser adaptada a otras instituciones. Pretende sobre todo ser una incitación a la investigación y exploración de los interesados e interesadas en el tema, atendiendo a las condiciones e intereses diferenciados de cada contexto. Por tanto, no es una indagación a profundidad de todas las posibilidades que tiene la temática, ni propone ser la única opción desde la cual abordar el tema.

Ahora bien, hablar de valores en un proceso de calidad educativa significa principalmente subrayar la multidimensionalidad de lo que se entiende por calidad de la educación. Como lo plantea el SMCFyA, la calidad no sólo está referida a lo que tradicionalmente se propone como eficiencia, eficacia, impacto, innovación, etc. El Sistema señala que la calidad refiere principalmente a una serie de tensiones que implican no sólo los aspectos técnico-educativos sino también compromisos éticos y políticos^[1]. Es decir, plantear el tema de valores en

[1] Victor Murillo y Elizabeth Riveros. El Sistema de mejora de la calidad de Fe y Alegría. Pp. 60-63

el contexto de la implementación de un Sistema de mejora de la calidad, implica necesariamente reflexionar el tema desde la planificación de las clases pero también desde el modo de ser de la escuela, su gestión, las relaciones que se establecen, su propuesta educativa y su puesta en marcha. Por lo tanto, proponer y reflexionar el tema de valores implica pensar toda la escuela, asumir su terreno como el lugar del debate y la deliberación, no como el espacio “neutro” de la técnica pedagógica y administrativa.

Es por todo lo anterior que la idea principal que guía la propuesta en la revista, es la lógica de procesos con la que trabajan los centros educativos² que implementan el Sistema. Se intentará presentar una posición que concibe la enseñanza de valores ampliamente, no simplemente como un problema de las clases de ética, ciudadanía o religión. Se expondrá el tema en cambio, como una problemática relacionada con la *gestión directiva* de los centros, *la enseñanza y aprendizaje, la convivencia y construcción de ciudadanías y las relaciones de las escuelas con la comunidad*. Principalmente la propuesta que se desarrollará, indica que la educación *de* valores, es sobre todo el desarrollo de una educación *en* valores.

La revista se dividirá en tres partes: en la primera parte se abordará el tema de manera un poco más conceptual o teórica. En ésta se propondrá qué se está entendiendo por valores y el sentido que tiene la metodología que se está formulando. En la segunda parte, se expondrán unos planteamientos más concretos de trabajo del tema según cada uno de los procesos mencionados. Por último, se planteará una reflexión de lo que significa abordar el tema de valores desde la perspectiva de Fe y Alegría. En tanto, ésta es tan solo una propuesta e invitación a la reflexión, se hacen unas recomendaciones de lectura como un anexo en la parte final.

1. ¿Qué son los valores?

¿Se pueden enseñar? La apuesta por una educación en valores

El tema de valores desde la escuela

Es un lugar común en nuestros tiempos considerar el tema de valores como un problema urgente. Las dinámicas de violencia familiar y social, la inseguridad presente en muchas comunidades y la corrupción política, entre otras, se asocian por lo general con problemas de valores. Sobre todo se indica comúnmente que estos problemas tienen que ver con la escasa o precaria formación de éstos en la familia y la escuela. Sin embargo, al preguntar a las familias por los responsables de esta situación, señalan que son los y las docentes los directos implicados, ya que no tienen la dedicación o los conocimientos apropiados para tratar el tema. Mientras que las instituciones educativas afirman por su parte, que la desarticulación de las familias, el poco interés de éstas en el proceso educativo, la influencia negativa del

[2] Para una visión de los procesos ver las matrices de calidad pp. 20-28. en la colección de Revistas de calidad No 3 año 2010.

entorno y los medios de comunicación son las causantes de estas situaciones.

Asimismo es común escuchar que actualmente asistimos a una supuesta crisis de valores. La mayoría de personas que señalan esta situación, afirman que en tiempos pasados nos encontrábamos en mejores condiciones morales, que antes todo era mejor. Sin embargo, esta supuesta crisis se relaciona sobre todo con cambios sociales que han llevado a entender algunos valores de forma distinta. Es

evidente sobre todo en valores como el honor pero también con la responsabilidad o la honestidad.

Lo cierto es que más allá de la responsabilidad que pueda tener uno u otro actor educativo en la formación de valores, o que asistamos efectivamente a una crisis de valores, el tema es a todas luces importante para las instituciones educativas y la sociedad en general. En la mayoría de países latinoamericanos existen materias relacionadas con el tema de educación de valores, en parte por estas crisis sociales que mencionamos. Además, el lugar tradicional que tiene la escuela como la garante universal de la educación, la posiciona en el discurso político y cultural como la principal responsable. Por lo tanto, es de predominante importancia y necesidad acercarse al tema con detenimiento en la escuela, pero como veremos no es algo que sólo le compete a ésta.

¿Qué son los valores?

Esta es una pregunta que no tiene una única respuesta, debido a que las aproximaciones al tema han sido planteadas y dependen de formas variadas de entender, lo que deberían ser y son la sociedad y sus instituciones. En primera instancia, partamos del hecho que los valores por lo general los asociamos con los criterios que usamos para actuar “bien”; es decir, los parámetros con los que juzgamos nuestras acciones y las de los demás. En este sentido, hablamos de valores cuando nos preguntamos o intentamos juzgar las implicaciones que tienen en otros nuestras propias acciones y decisiones. Asimismo, cuando consideramos las consecuencias o implicaciones de los actos y decisiones de otros en nosotros mismos. Nos ubicamos en un terreno normativo compuesto tanto por las leyes promulgadas que rigen los países, como por las costumbres de donde nacemos y nos desarrollamos. En últimas, los valores tienen que ver con aquello que consideramos deseable y además exigible en el trato entre las personas y su entorno.

En este texto asumimos los valores como estrechamente relacionados con la comunicación. Creemos que al optar por una educación en valores ligada a la comunicación no perdemos de vista, por un lado, esas costumbres relacionadas con nuestro contexto social (por ejemplo nuestra familia o comunidad) y por otro, apuntamos a la idea o posibilidad de unos mínimos a los que deberíamos llegar para regular nuestra vida en comunidad. Veamos un poco más, lo que queremos decir por la educación en valores como unida a una educación en comunicación.

Cuando nos expresamos sobre algo con pretensión de entendimiento buscamos reconocer o que otros reconozcan las circunstancias y propiedades de eso que estamos considerando. Lo hacemos siempre a través de un lenguaje que compartimos y que nos han enseñado en nuestro hogar, con nuestros amigos o amigas y en nuestra escuela. Sin embargo, también buscamos defender y proponer como “verdadero” o “correcto” eso que creemos entender o que acabamos de percibir. Cuando hablamos con pretensiones de comprensión y entendimiento, no queremos que nos juzguen como “locos o desubicados” sino como los que dicen algo legítimo y válido. Los únicos que lo pueden reconocer así son nuestros interlocu-



tores. Éstos se encuentran simultáneamente en la misma situación y con las mismas pretensiones. Y entre lo que dice él o ella y lo que digo yo buscamos siempre el mejor argumento, el más comprensivo de eso que desconocemos o discutimos. Por lo tanto, buscamos manifestar y que se reconozcan aquellas posiciones que asumimos como verdaderas o correctas de acuerdo a la negociación y los otros están en la misma posición que yo. Todos buscamos por medio de la comunicación la validez de lo que postulamos acerca de nuestras acciones, conocimientos y percepciones de las cosas.

Ahora bien, volviendo al tema de la educación en valores, si los pensamos desde esta perspectiva, su enseñanza toma una apariencia particular. Lo correcto o no de lo que juzgamos como problemático moralmente en una situación, sería por tanto determinado por la “calidad o peso” de los argumentos que podamos dar a favor o en contra y que además, sean reconocidos como tal por los otros. Vamos aprendiendo paulatinamente a través de la comunicación cómo debemos actuar y qué deberíamos esperar de la actuación de los demás. Por lo tanto, en esta propuesta, la escuela educaría en valores a través de la formación en el hábito de discusión y deliberación con otros, enseñaría valores a través de la comunicación. El docente y el estudiante estarían obligados a justificar en cualquier circunstancia, porque una acción es defendible desde sus costumbres y motivaciones más cercanas. Se buscaría siempre encontrar el argumento más plausible de eso que pretendemos juzgar.

En esta postura, educar a asumir posiciones que sean loables o “correctas” y sobre todo a actuar coherentemente con éstas, no es una cuestión de explicar solamente qué sea la solidaridad o la justicia. Es principalmente fomentar espacios de comunicación y discusión entre los distintos participantes (estudiantes, docentes, familias, comunidad o directivos). Con el objeto de dejar explícito por qué creen en una u otra posición y llegar a un acuerdo sobre lo mínimo que debería exigirse en el actuar de todos, de acuerdo a la evaluación de los argumentos más plausibles.

Es necesario aclarar que el paso de las normas a principios de acción o valores generales lo determina el compromiso que se logra en el debate. En lo cotidiano pensamos y actuamos de acuerdo con ciertas creencias o principios generales que no evaluamos con regularidad. Sin embargo, en el debate, en el proceso de explicar y justificar aquellos argumentos con los cuales juzgamos el actuar propio y el de los demás, reevaluamos su peso, analizamos colectivamente su plausibilidad. El diálogo o la deliberación conjunta incentivan el proceso de hacer conciencia y evaluación de nuestras creencias. Esto tiene como resultado el afirmar nuestros principios o asumir nuevos valores y perspectivas. Por lo tanto, debido a los procesos que facilita, la discusión, la comunicación y el diálogo son los ejes de la propuesta de educación en valores que se exponen en esta revista.



SISTEMA DE MEJORA DE LA CALIDAD
DE FE Y ALEGRÍA



“No hay un arca de Noé que salve a algunos y deje perecer a los demás. O nos salvamos todos, o perecemos todos”.

Entrevista a Leonardo Boff Teólogo, filósofo y escritor brasileiro



La enseñanza de valores es también la organización de un determinado tipo de escuela

En nuestra cotidianidad nos encontramos realizando variadas cosas. Aprendemos, preguntamos, dialogamos, discutimos, entre otras. En todas estas acciones consciente o inconscientemente tenemos interiorizadas posiciones relacionadas con el sentido de todo eso que hacemos y por qué lo debemos hacer. Ahora bien, es claro que no se revisa qué sean conceptualmente la responsabilidad, la justicia o la solidaridad para actuar de una u otra forma. Esto es así, porque los valores no son completamente algo tangible y objetivo en la realidad sino que “los aprendo y se me presentan en las relaciones que tengo con los demás y en mis procesos de autoformación”³. Es decir, no aprendemos valores sólo mediante una clase en la que nos los enseñan, sino sobre todo a través de las múltiples relaciones e interacciones que establecemos en la vida cotidiana con los otros. En la interiorización y reflexión que hago de estas experiencias a través de la comunicación. En otras palabras, a partir de la negociación tácita o explícita que hago del sentido o significado de lo que ocurre, es que desarrollamos esquemas de pensamiento o criterios para juzgar y actuar de determinada forma. No los aprendemos sólo a través de una clase de ética enfocada en saber qué son los valores.

Esto no significa que se deban acabar las clases de ética o valores. Como las demás clases, éstas también son un espacio en el que nos relacionamos, negociamos, argumentamos y discutimos el sentido de nuestras relaciones con los otros y nuestras experiencias cotidianas. El punto está en que una clase que se desarrolla de manera eminentemente “transmisionista” yerra en el objetivo de educar en valores. Aprendemos valores en las distintas clases pero sobre todo fuera del aula, en el juego, en los diálogos que tenemos con otros y por supuesto en los conflictos y discusiones. Aprendemos valores en las experiencias de diálogo y discusión.

Cabe destacar que al resaltar el sentido experiencial de los valores sobresalen algunos puntos que, por lo general, se dejan de lado en la manera como los centros educativos abordan el tema de valores y que son muy importantes a la hora de su educación. Principalmente hablamos de la forma como se organizan los espacios para propiciar la deliberación dentro de las clases, los tiempos planificados y dedicados a la discusión entre todos de los problemas de la escuela y la comunidad, la participación de los estudiantes, las familias y los docentes en la toma de decisiones, las relaciones colaborativas y horizontales entre docentes y estudiantes, entre otras. Todos éstos se vuelven sumamente importantes si subrayamos, como lo hicimos, que la educación en valores depende directamente de la experiencia y la comunicación, no de lo que conceptualmente se entienda por amor, respeto, responsabilidad o solidaridad.

Es por tanto, que se propone el tema de formación *de* valores como una propuesta de formación *en* valores. Vivimos en constante interiorización y discusión de valores, éstos no se pueden incorporar a través de la enseñanza conceptual o teórica, sino a partir de un tipo determinado de experiencia que se debe propiciar en la escuela. Se propone la educación en valores como un tipo de situación facilitada de manera planificada, en la que se le da prioridad a la discusión, deliberación y participación. La situación que se debe volver hábito en

[3] Hoyos, G. Ética y educación en valores. En: ¿Qué significa educar en valores hoy? Ediciones Octaedro: 2004. P.53

este sentido, gira entorno a la discusión de todas las experiencias o problemas morales a los que se enfrenta la sociedad y en particular los estudiantes.

Hay que subrayar que la educación *en* valores no se debe trabajar sólo desde un área curricular en especial, sino que es un problema relacionado con todas las áreas, desde la enseñanza de las matemáticas, hasta las ciencias naturales y sociales. Se propone que la educación en valores sea la planificación de un modo de ser de la escuela, que atraviesa todos los procesos que se realizan, desde la gestión del centro hasta las interrelaciones con la comunidad. Pero obviamente y sobre todo, un modo de ser en las personas (estudiantes, docentes, directivos, familias y comunidad). Un hábito de deliberar y argumentar las posiciones que se asumen frente a las actitudes y conocimientos propios y los de los demás. La educación *en* valores es la generación por tanto de una ética o modo de ser discursivo en la escuela y en la sociedad.

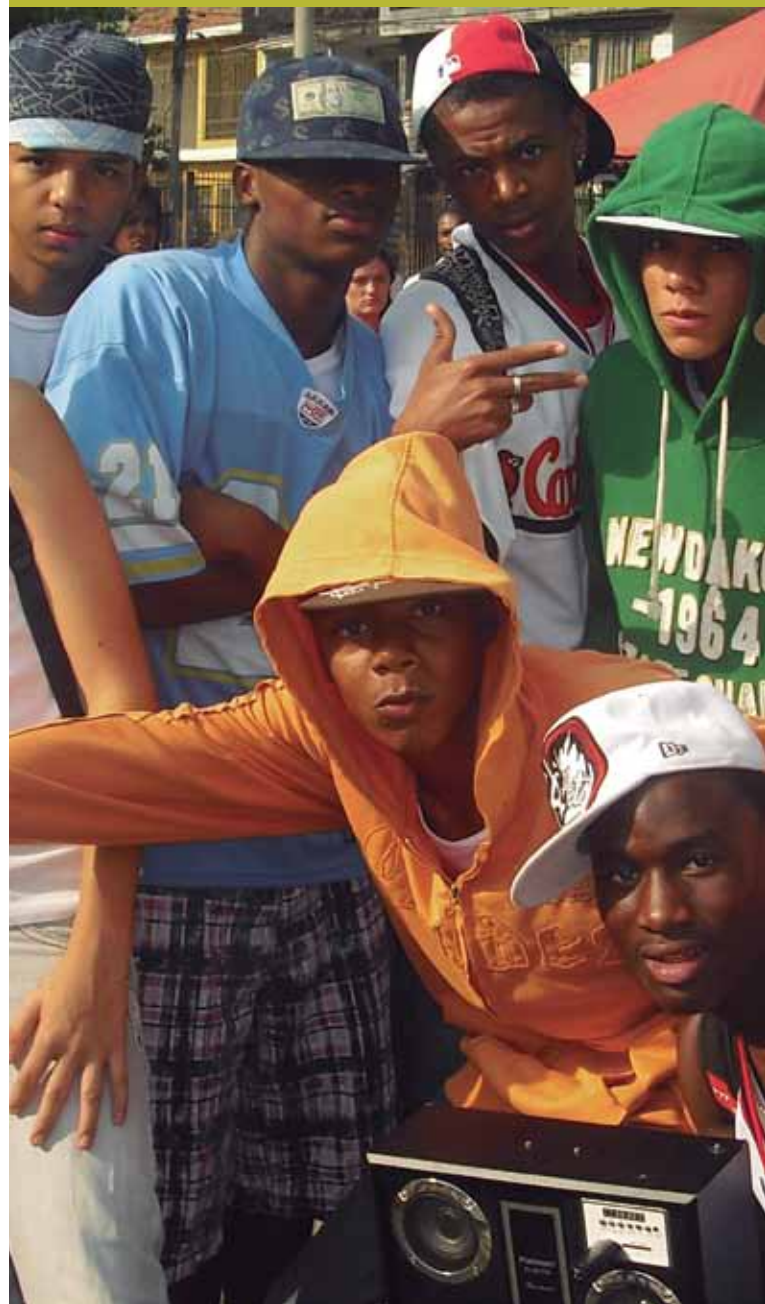
La formación en valores como generación de una ética ciudadana

Hemos propuesto que los valores son algo así como los criterios que nos permiten actuar y juzgar ese actuar. Asimismo, que enseñar valores es propiciar un modo de ser deliberativo y discursivo, tanto en los distintos procesos que se llevan a cabo en la escuela, como en las personas que los realizan. Sin embargo, después de lo descrito hasta el momento, es necesario redimensionar el tema de la crisis de valores.

Se dijo en su momento que la crisis de valores estaba relacionada con cambios profundos en las sociedades en las que vivimos. Estos implican necesariamente nuevas formas de relacionarnos y de comprender el mundo. La globalización, la increíble rapidez con la que se llevan a cabo proyectos, la facilidad y cantidad de información disponible, han hecho que muchos se sientan desubicados y ansiosos frente a las perspectivas de futuro

“Mi frente bien en alto, bien en alto y bien sudada, somos un pueblo que se levanta bien temprano en la mañana, una aldea de respeto a quien siembra la consciencia, un mundo lleno de virtud y resistencia”.

Fragmento canción “SANGRE GUERRERA” El Bi & Siete Nueve



sociales y comunitarias. Además, problemas como el de la delincuencia organizada, la contaminación y el desempleo, se manifiestan en un mundo cada vez más globalizado, ya no sólo como problemas nacionales sino internacionales. Estos cambios transforman las maneras de entender el mundo y relacionarnos, transforman lo que determinamos como loable o reprochable en nuestra vida cotidiana.

Estas transformaciones implican entonces cambios en los criterios con los que actuamos y juzgamos ya que estas transformaciones por sí solas no pueden ser ni buenas ni malas. Como dijimos, estos criterios sólo pueden ser encontrados a través de la deliberación no dados por sí solos. Por tanto estas realidades nos exigen explicar o argumentar cuáles son las expectativas, los mínimos que esperamos que los demás entiendan y demanden en estas circunstancias. Es en este sentido que vivimos en épocas de cambios acelerados, de transformaciones profundas más *no de crisis de valores*. Las realidades en las que vivimos se encuentran en constante cambio y movimiento pero no es algo que sea nuevo. Lo que sí es nuevo, es la velocidad de estas transformaciones y por eso la necesidad de cambiar las nociones con las que explicamos nuestro mundo. Se hace aún más importante la propuesta de una ética discursiva porque permite que entre todos, desde la escuela y fuera de ésta, enfrentemos esta realidad y los problemas o posibilidades que conlleva.

Ahora bien, tal como se puede ver hasta el momento, estas transformaciones no son únicamente problemas propios de la escuela sino que involucran a todos. De ahí la necesidad de que las instituciones educativas, para formar en valores, necesiten trabajar no sólo hacia dentro sino también hacia afuera. El trabajo de formación en valores parte de un tipo de organización en la escuela que propicie un modo de ser en ella y en las personas, pero también, un modo de ser de sus comunidades, que sea compatible con sus pretensiones. Porque ¿Cómo se formaría a los estudiantes para la discusión y la deliberación, si las comunidades en donde viven y las familias a las que pertenecen no están dispuestas a asumir a su vez este “modo de vida”?

La propuesta de formación en valores aunque comienza en la escuela hace necesario que el trabajo se realice más allá de ésta; directamente con las comunidades y familias incorporándolas al proceso educativo del que forman parte. Es necesario que la escuela (estudiantes, docentes y directivos) participen deliberativamente de los procesos y problemas de la comunidad y ésta a su vez trabaje directamente en las dinámicas de la escuela. Por lo tanto, la formación en valores no sólo es una exigencia que se le debe hacer a la escuela sino también a la sociedad. Sin embargo, dado su posición privilegiada (en ésta convergen docentes, estudiantes, familias y comunidad), la escuela tiene el deber de ser uno de los principales actores articuladores del proceso.

En últimas, la propuesta de trabajo de formación en valores, es una propuesta de elaboración e implementación de una ética discursiva en la escuela que tiene como resultado una ética ciudadana. Y se concluye en una ética ciudadana porque parte de la creación de un modo de ser de la escuela que promueve la discusión y el diálogo; porque no se agota en ésta sino que promueve el trabajo con las comunidades y familias en la promoción de este modo de ser deliberativo frente a sus propios problemas. Exige un hábito que permite la formación de una ciudadanía organizada, crítica y deliberativa, necesaria para enfrentar sus propios problemas. Encaminada a lograr el consenso entorno a esos mínimos exigibles de acción y comportamiento en la escuela, la comunidad y la sociedad.

Hasta el momento se ha discutido el tema de valores desde una posición un poco más teórica. De aquí en adelante se propone entonces la segunda parte de la propuesta de trabajo de valores. En ésta se retomará cada uno de los procesos con los que trabajan los centros educativos, atendiendo a la propuesta de calidad educativa que plantea el SMCFyA y se darán algunas indicaciones más concretas de cómo trabajar el tema en los centros educativos.





Arte de cultivar valores, maestros
de vivir **en valores.**



2. Los procesos escolares en la formación en valores

El proceso de gestión directiva

El docente en la educación en valores: formación y modelo

Hay que resaltar, antes que nada, que el perfil o modelo de profesorado depende de los objetivos que se plantean en educación. Tal como hemos expuesto el tema de valores hasta el momento, hemos puesto el énfasis en que éstos no se pueden enseñar de manera “instruccionista”. Por el contrario, deben ser promovidos a partir de experiencias comunicativas y deliberativas entorno a problemas morales y de conocimiento, con la pretensión de clarificar los criterios que permitan actuar y juzgar. Si tenemos esto en cuenta, en primera instancia, no serían necesarios especialistas en el contenido de una materia en específico como el de ética o valores. No serían necesarios maestros expertos en los conceptos de solidaridad, honestidad o justicia. Se necesitarían sobre todo, personas hábiles en la producción de

conflictos de carácter cognitivo, que estimulen el diálogo y acompañen a los alumnos en la búsqueda de nuevas soluciones o nuevas dimensiones, a problemas colectivos. Entonces la tarea del maestro y por consiguiente la formación que debe tener, está relacionada con capacidades de tipo procedimental y de gestión del conocimiento. Con esto no queremos decir que el docente deba abandonar sus intereses y más profundas motivaciones. Sino que debe tener la apertura para asumir que éstos son susceptibles de cambio y transformación, que a partir de la deliberación y de la evaluación de los argumentos, puede que surja una nueva forma de ver sus intereses, creencias y convicciones.

El o la docente, debe tener sus ojos puestos en la realidad en la que viven los estudiantes

para identificar los problemas morales y de conocimiento más inmediatos con los cuales se pueden enfrentar. Al mismo tiempo, no pueden perder de vista la realidad más general, la del ámbito local y nacional, en términos políticos, económicos y sociales. Todo esto con el objeto de traer estos problemas al aula de clase y propiciar la deliberación y argumentación entorno a ellos. Pero a la vez, el o la docente debe poner toda su atención en los argumentos que proponen los estudiantes. Tanto las posiciones explícitas como implícitas y poner de manifiesto las formas de entender los problemas, para que se sopesen conjuntamente los criterios expuestos. Sin olvidar, claro está, que el docente en todo este proceso está participando al mismo nivel que el de los estudiantes. Es una posición más, al lado de las múltiples de sus estudiantes frente al problema. En suma, *el docente debe estar formado y tener todas las características de un investigador*. Tanto de su realidad inmediata como la de la sociedad en general.

Si analizamos un poco más de cerca las características de una investigación⁴ podemos resaltar algunas de las propiedades que debe tener el o la docente. En primera instancia una investigación parte de un problema, de un vacío de conocimiento, no de una certeza. El docente debería por lo tanto plantear los problemas en el aula desde esta postura. Es decir, bajo su guía el docente pretenderá que entre todos analicen una situación de la que no saben exactamente su resultado pero que es de interés de todos. En segundo lugar, un investigador siempre reconoce que abordará un problema desde una teoría, es decir, parte de unos presupuestos que pueden ser replanteados o rebatidos por otras teorías. En este sentido, el docente reconocerá también que tiene una posición determinada sobre el problema como la tienen sus estudiantes y que tanto la del docente como la del estudiante son igualmente válidas. No es más legítima la del docente por ser la del docente, sino que la validez la darán los argumentos expuestos y aceptados entre todos.

En tercer lugar, el investigador tiene un plan de análisis *casi* definido. Sabe que se tiene una ruta predefinida, sabe que parte de un problema, que lo trata de una forma determinada y que pretende resolver unas inquietudes concretas. Pero también sabe que los caminos predefinidos que establece pueden variar dependiendo los resultados preliminares que vaya teniendo. Igualmente el docente y los estudiantes deben tener en cuenta que el camino puede variar y que puede ser necesaria la intervención o

El o la docente
debe tener sus
ojos puestos en
la realidad que
viven sus
estudiantes

[4] Nos referimos acá a un determinado tipo de investigación que se relaciona con el método científico. Sin embargo, entendemos que hay otros tipos de investigación que son igualmente válidos. Nuestro interés no es en validar un tipo determinado de conocimiento sino subrayar el ethos investigativo que debe tener todo docente y en particular el que se interesa por la educación en valores.

búsqueda de otras personas, de otras posturas, de otras teorías. Principalmente, como se ha indicado anteriormente, se debería partir del hecho de que las discusiones acerca de los problemas morales o de conocimiento no son sólo de importancia para la escuela, sino también para las familias y comunidades.

Finalmente, el investigador sabe que se enfrenta a la posibilidad de no llegar a ninguna conclusión final. Pero el hecho de haber intentado la ruta que se planificó, le permitió saber por lo menos una ruta o un camino recorrido que es necesario reestructurar en otras investigaciones. Igualmente, el “formador de valores” deberá tener claro que el resultado de la deliberación con sus estudiantes puede que no llegue a ninguna conclusión. Pero acá a diferencia de la investigación científica, el camino llevado a cabo, la deliberación con sus estudiantes, es el llevar a cabo la formación, la discusión. Por tanto, la educación en valores se realiza en la discusión y no la conclusión a la que puedan llegar como grupo.

Por último, el docente debe ser suficientemente un modelo coherente de lo que está proponiendo. No puede ser que mientras en una deliberación o discusión esté diciendo “considero que tu posición es acertada”, al mismo tiempo su expresión corporal y gestual esté diciendo “creo que no sabes lo que dices” o “es completamente equivocado eso que planteas”. Así suene un poco hilarante lo que se acaba de mencionar, ocurre muchas veces en el aula y en la vida cotidiana. Es por esto que si se propone que la idea de educación en valores es principalmente educación en un modo de pensar y convivir, los docentes y las directivas deben ser los y las primeras convencidas de esta situación.

Gestión de la cultura escolar: organización de los espacios, tiempos y relaciones

No es fácil entender cómo se relacionan la organización o la gestión de un centro educativo como parte de un ejercicio de formación en valores. Pero al recordar que ésta tiene que ver sobre todo con experiencias de discusión, se ve claramente su relación. Esto queda un poco más claro con la explicación de las didácticas que planifican y estudian los maestros. Es comúnmente conocido, sobre todo por los docentes, que la manera cómo se planifican las reacciones de los estudiantes en una actividad, como se propician las interrelaciones por ejemplo, influyen en el resultado esperado de aprendizaje. Pues bien, la apuesta en este lugar es a que la organización de los lugares sea un aspecto importante dentro de la estrategia de educación de valores. Si en las aulas de clase, el docente está ubicado adelante y la organización de los estudiantes está dada para que lo único que vean sea el maestro, no se está dando mucho espacio para compartir experiencias, mucho menos de discusión. No sólo está implícita con esta organización, una desigualdad patente entre el docente y el estudiante, sino que no propicia que los estudiantes de las primeras filas tengan contacto directo con los de las últimas. Por eso la organización oval, semicircular o circular podría tener mejores resultados en este tipo de experiencias que se buscan. Esta prevención en la organización del centro vale para todos los espacios de la escuela (los descansos, las reuniones de grupos, los espacios para hacer tareas y actividades e incluso la organización y ejercicio de deportes).

En este mismo sentido, el pretender clases en silencio, sin participaciones, sin compartir experiencias, es una situación que no permite la formación en valores. Vale la pena recordar que esta dinámica debe ser algo que se presente como ya se dijo en todas las clases. No se está insinuando que sea algo que le incumba solamente a las clases de valores o de ética,

sino que es un tema a tener en cuenta en matemáticas, ciencias y demás clases.

Por otro lado, hay que mencionar que la toma de decisiones en el centro educativo también es momento propicio para la formación *en* valores. Equipos directivos, rectores y rectoras, docentes que no toman decisiones de manera colegiada con los estudiantes, las familias y la comunidad se equivocan directamente en su ejercicio de formación en valores. Están proponiendo una cultura autoritaria, en la que los estudiantes y demás estamentos no tienen un rol activo en su entorno. Esto tiene como consecuencia que pierdan el interés por participar o discutir sus propios problemas en sus hogares y comunidades. Se sobrentiende que no todas las decisiones pueden ser tomadas de manera colegiada por eso cobra importancia el tema de la comunicación y publicidad.

Estos elementos que parecieran carecer de importancia, influyen mucho en la comprensión que se tiene de los roles de las distintas personas en la escuela y la comunidad. Una institución educativa que da a conocer las decisiones que se toman entre todos, entiende que sus miembros son dignos de pertenecer a esa comunidad escolar y que entienden su consentimiento como válido y respetable.

Por último, es necesario mencionar también los tiempos dedicados a la deliberación y reflexión conjunta del centro educativo como estrategias de formación en valores. Se hace importante subrayarlo porque generalmente se asume en el discurso que efectivamente existen estos es-

pacios en los centros educativos. Sin embargo, no se realizan porque se consideran más importantes otro tipo de actividades o se realizan pero no son aprovechados para recoger las percepciones que tienen los distintos actores sobre la escuela y la promoción de propuestas de mejora. Si los distintos actores sienten que sus propuestas y opiniones son tenidas en cuenta, se va generando simultáneamente un modo de ser en el que todos se constituyen como actores del porvenir de la escuela. En consecuencia empoderados de sus circunstancias y comunidades.



El proceso de enseñanza y aprendizaje

La contextualización del conocimiento escolar

Hasta el momento hemos dicho que la educación en valores no se puede realizar solamente de manera teórica sino que está relacionada principalmente con las experiencias que tenemos con otros. Sobre todo aquellas experiencias que están relacionadas con la discusión y el diálogo. Asimismo, es importante resaltar, que aquellas cosas que más nos motivan a dialogar están relacionadas con las costumbres y aspectos cercanos a nuestra realidad (nuestra familia, nuestra comunidad local o nuestro país). Sólo eso que tenemos más cercano es lo que más nos llama, sólo debatimos e intentamos defender aquello con lo que nos sentimos comprometidos. Es por esto que para generar verdaderamente un hábito de discusión y debate es necesaria la contextualización de los temas que se abordan en las clases. Al

contextualizar las clases promovemos esa estrategia de formación en valores que estamos proponiendo a través de la discusión de temas que verdaderamente importan a todos.

Cabe aclarar que cuando señalamos que se deberían discutir los temas que más importan o que se encuentran más cercanos, no insinuamos discutir cualquier cosa. Los temas que los docentes deberían escoger están determinados por ser dilemas morales y de conocimiento que como seres humanos y como miembros de una sociedad cada vez más global nos llaman a todos. La intención entonces debería ser discutir, desde todas las clases, situaciones que mencionábamos como características de esa supuesta “crisis” en la que nos encontramos. Las manifestaciones concretas, presentes en la vida cotidiana, de corrupción en los gobiernos, el consumismo, la falta de solidaridad, la indignación frente a las injusticias, el manejo inequitativo de la economía y la crisis ambiental, entre otros. Todas estas situaciones que tanto jóvenes como adultos vivimos y sentimos con regularidad.

Cuando se contextualiza el conocimiento escolar nos damos cuenta de aquellos problemas que nos aquejan en la vida cotidiana. Estamos tratando directamente las cosas que nos afectan y que pueden imposibilitar el ejercicio pleno de nuestros derechos y nuestra realización en la vida. En este sentido, contextualizar las clases, por un lado nos acerca a la generación y establecimiento de esa deliberación y debate como modo de ser de las personas y las escuelas. Pero también, a través de ese modo de ser deliberativo, nos ayuda a llegar a esos criterios para juzgar más plausiblemente las acciones, los saberes y las cosas propios de la situación en la que vivimos. Es decir, nos educa en valores directamente.

La construcción compartida del conocimiento escolar

En muchas instituciones educativas es común concebir a los estudiantes como recipientes vacíos que necesitan ser llenados por los docentes. Éstos últimos a su vez son considerados como los legítimos contenedores de conocimiento. Pero el pensar así los roles en la escuela arrastra una lógica perversa consigo: la de empobrecer a los estudiantes considerándolos entes pasivos y además subyugados en su aprendizaje. Desde la propuesta de educación en valores unida estrechamente a la experiencia deliberativa que se está proponiendo, sería un despropósito empeñarse en continuar con esta concepción de la enseñanza. Los estudiantes bajo esta lógica no son interlocutores legítimos ya que carecen de “conocimiento”. Por tanto, desde el mismo enfoque curricular en el que se incorporan todas las clases, es necesario propiciar el empoderamiento de todos y todas. Los estudiantes tienen una riqueza de saberes, experiencias e historias que es menester retomar en las aulas no sólo como punto de partida sino como conocimiento válido y legítimo. El docente frente a este conocimiento es simplemente un interlocutor más, un par que encuentra su vocación gestionando, promoviendo y guiando sus estudiantes.

Hay que considerar también que en las circunstancias particulares en las que vivimos, los docentes ahora más que antes no son los “contenedores legítimos” de conocimiento. Los estudiantes actualmente están siendo apabullados continuamente con información que difícilmente los docentes manejan. El internet, las redes sociales, la publicidad, la televisión han descentrado el rol privilegiado que tenían las escuelas como fuente de conocimiento. Los estudiantes y las personas en general tienen la facilidad de encontrar la información que deseen a la velocidad de un “clic”. Por este motivo se hace necesario concebir la educación desde estas nuevas circunstancias, es necesario entenderla como el *lugar de discusión* del entorno social, tecnológico, económico y político, no como el “lugar del conocimiento”. No hay un solo conocimiento sino una serie de saberes que están en pugna por su legitimación

en la sociedad y en particular en la escuela. Por eso el rol del docente debe ser considerado, si se entiende como formador en valores, como aquél gestor y promotor de conocimiento. Aquél que suscite la creatividad y el aprendizaje colaborativo desde una posición en igualdad con los estudiantes. Un estudiante empoderado, capaz de reconocer su potencial transformador y su valor legítimo como interlocutor en la sociedad, será capaz de transformar sus circunstancias, su comunidad y su país.

A continuación, un cuento para reflexionar el rol del maestro educador en valores dentro de la escuela.

El niño pequeño

De Helen Buckley

Una vez un niño pequeño fue a la escuela. Era bastante pequeño y era una escuela bastante grande. Pero cuando el niño pequeño descubrió que podía entrar a su salón desde la puerta que daba al exterior, estuvo feliz y la escuela ya no parecía tan grande.

Una mañana, luego de haber estado un tiempo en la escuela, la maestra dijo: "Hoy vamos a hacer un dibujo". ¡Qué bueno!, pensó el pequeño. Le gustaba hacer dibujos. Podía hacerlos de todas clases: leones y tiburones, pollos y vacas, trenes y barcos; y sacó su caja de crayones y empezó a dibujar. Pero la maestra dijo: ¡Esperen!, aún no es tiempo de empezar y esperó a que todos estuvieran listos. Ahora, dijo la maestra, vamos a dibujar flores. ¡Qué bien!, pensó el pequeño, le gustaba hacer flores y empezó a hacer unas flores muy bellas con sus crayones rosados, naranjas y azules. Pero la maestra dijo: ¡Esperen!, yo les enseñaré cómo. Y era roja, con el tallo verde. Ahora, dijo la maestra, ya pueden empezar. El pequeño miró la flor que había hecho la maestra, luego vio la que él había pintado, le gustaba más la suya, mas no lo dijo. Sólo volteó la hoja e hizo una flor como la de la maestra. Era roja, con tallo verde.

Otro día, cuando el pequeño había abierto la puerta desde afuera, la maestra le dijo: "hoy vamos a hacer algo con arcilla". ¡Qué bien!, pensó el pequeño, le gustaba la arcilla. Podía hacer toda clase de cosas con la arcilla:



empezó a estirar y revolver su bola de arcilla. Pero la maestra dijo: ¡Esperen, aún no es tiempo de empezar! Y esperó a que todos estuvieran listos. Ahora, dijo la maestra, vamos a hacer un plato. ¡Qué bien!, pensó el pequeño. Le gustaba hacer platos y empezó a hacer algunos de todas formas y tamaños. Entonces la maestra dijo, ¡Esperen!, yo les enseñaré cómo. Y les enseñó cómo hacer un solo plato hondo. Ahora, dijo, ya pueden empezar. Y muy pronto, el pequeño aprendió a esperar y a ver y a hacer cosas iguales, y muy pronto no hacía cosas de él solo.

Luego sucedió que el niño y su familia se mudaron a otra ciudad y el pequeño tuvo que ir a otra escuela. Esta escuela era más grande que la otra y no había puerta del exterior hacia el salón. Tenía que subir grandes escalones y caminar un corredor grande para llegar a su salón. Y el primer día que estuvo allí, la maestra dijo: “Hoy vamos a hacer un dibujo”. ¡Qué bien!, pensó el pequeño y esperó a que la maestra le dijera qué hacer. Pero la maestra no dijo nada, solo caminaba por el salón. Cuando llegó con el niño, le dijo: “¿No quieres hacer un dibujo?”, “Sí”, contestó el niño, “¿Qué vamos a hacer?”. No sé hasta que lo hagas, dijo la maestra. “¿Cómo lo hago?”, preguntó el niño. “Como quieras”, dijo la maestra. “¿Cualquier color?”, preguntó el niño. “Cualquier color”, dijo la maestra. “Si todos usaran los mismos colores, ¿cómo sabría yo quién hizo qué y cuál era cuál?”. “No sé”, contestó el niño y empezó a hacer una flor roja con un tallo verde.⁵

Convivencia y construcción de ciudadanía como el lugar de los valores

Lo heterogéneo y el conflicto como condiciones de la formación en valores

Decíamos que la ética discursiva, en el contexto de la formación en valores, pretendía crear un hábito de discusión y deliberación en la escuela principalmente porque los valores no los podemos aprender objetivamente, como algo externo, sino interiorizándolos en la negociación con otros a través de la comunicación. Quisiéramos ahora, enfatizar en dos aspectos importantes que están estrechamente relacionados. Por un lado, el tema del reconocimiento del conflicto dentro y fuera de la escuela y por otro, el reconocimiento de los otros en relaciones de confianza e interdependencia.

En primera instancia, es necesario subrayar la relación directa entre el tema del reconocimiento con el tema de valores. La relación es doble, por un lado cuando reconocemos a los otros como interlocutores válidos, desde su diferencia, aceptamos que nuestro punto de vista no es el único. Pero además, por otro lado, reconocemos que necesitamos de los de-

[5] Recuperado de <http://www.fao.org/docrep/009/ah641s/AH641S01.htm> el 20 de octubre de 2012.

más para validar nuestro propio punto de vista. Al reconocer que existen otros puntos de vista consideramos lo que pretendemos verdadero, como no necesariamente válido por ser nuestra opinión y llamado a ser discutido o puesto en balance con otros puntos de vista igualmente válidos.

Sin embargo, no sólo nos toca considerar que nuestra posición no es válida incondicionalmente sino también que depende de la aprobación de nuestros(as) compañeros(as) o cercanos(as). Por tanto, eso que exigimos de los otros en su actuar depende justamente de la relación de interdependencia que establecemos con ellos. Depende de que yo reconozca que mi perspectiva no es la única y que los demás reconozcan y aprueben mi perspectiva a partir de los argumentos que proponga. El reconocimiento de los otros en su diferencia entonces es una de las principales condiciones para construir un modo de ser de la escuela que permita la interiorización de valores.

Concretamente exige el mutuo cuidado de directores, maestros y estudiantes. Por ejemplo, al prevenir que estudiantes, docentes o directivos discriminen a otros por su procedencia, por su nivel económico o por sus dificultades en el aprendizaje. Esto incluye situaciones directas de violencia pero sobre todo sutiles como las de burla. Éstas son las más difíciles de captar, ya que las situaciones de discriminación están muy escondidas en nuestras creencias, costumbres y formas de ver la vida. Otros ejemplos comunes están en las creencias de superioridad del maestro frente al estudiante en la mejor valoración que se tiene de lo que se desarrolla en las ciudades o centros urbanos frente al campo o las provincias lejanas; también las consideraciones frente a los roles tradicionales de género, que ponen a la mujer, homosexuales y transexuales en una posición menos legítima y válida.

El conflicto dentro y fuera de la escuela

La estrategia que estamos proponiendo de formación en valores está relacionada no sólo con el cuidado y reconocimiento de los otros, sino también con el reconocimiento del conflicto. La importancia del conflicto radica en que principalmente es el motor de nuestra estrategia de aprendizaje en valores. El conflicto se presenta cuando las expectativas que tenemos sobre las acciones, juicios o pretensiones de los demás, no se cumplen. Al ocurrir esto nos surgen sentimientos como la indignación, la ira o en ocasiones la culpa. Lo interesante del conflicto para el tema de valores es que justamente estos sentimientos que surgen tan consistentemente en nuestro interior, están unidos a justificaciones conscientes o inconscientes de eso que esperamos de los demás. Estas justificaciones son las que pretendemos abordar y validar a través del diálogo y la deliberación con los demás.

Se necesita por lo tanto, como estrategia de formación en valores, reconocer el conflicto para afrontar los problemas que nos afectan directamente, identificar las diferencias y las discrepancias, las perspectivas en juego y las justificaciones que se les dan a esas posiciones. Los conflictos entre las personas al interior y exterior de las escuelas permiten activar entonces la propuesta de deliberación y debate como modo de ser de la escuela. En este sentido, se hace manifiesta la necesidad de que los centros educativos promuevan, busquen y aborden los conflictos presentes dentro y fuera de la escuela. Sean éstos por cuestiones políticas, económicas o culturales.

Dentro de la estrategia que proponemos insinuamos promover el conflicto. Con esto no queremos decir que se deba promover la violencia en los centros educativos, sino que como parte de la formación en valores, se promuevan e incorporen en la planificación de las clases, espacios y tiempos, oscilaciones, desequilibrios, enfrentamientos entre posiciones o formas de entender el mundo. En suma, cuando decimos que es necesario promover el conflicto, nos referimos a promover el debate y la deliberación.

Los niños y niñas no son "futuros ciudadanos" sino ciudadanos y personas en pleno ejercicio

Quisiéramos como parte de la estrategia que venimos mencionando, profundizar un poco más en el tema del futuro de niños y niñas en el contexto escolar. Por lo general, en las escuelas y en la sociedad se concibe que los jóvenes se incorporan al sistema educativo con la intención de prepararse para un futuro que los espera. Un futuro que tradicionalmente se asocia sobre todo con lo laboral y en algunas ocasiones con otros aspectos de la vida como sus relaciones con los demás, y el ejercicio de su ciudadanía. Sin embargo esta concepción de la escuela como *preparación* para el futuro im-



“Los niños y niñas deberían pensarse como participantes directos en la solución de los problemas que aquejan a las comunidades a las que pertenecen”.



plica soslayar o dejar de lado la cuestión del valor y dignidad de los estudiantes. Es decir, es como si en el tiempo que los estudiantes van a la escuela, no les implicaran o afectaran directamente los problemas relacionados con sus comunidades, con su rol como ciudadanos o con su participación y responsabilidades asociadas con la democracia. Esta concepción del rol y el sentido de la educación en la sociedad implica entonces marginalizar a los afectados de los problemas a los que se enfrentan con el pretexto de que no están preparados. Es una visión autoritaria que implica concebir a los estudiantes como simples objetos maleables y alienados en su proceso de aprendizaje. Por lo tanto, proponemos que esta visión debería cambiar si efectivamente se asume la necesidad de formar en valores.

La visión debería cambiar porque los niños y niñas deberían pensarse como participantes directos en la solución de los problemas que aquejan a las comunidades a las que pertenecen. Esto quiere decir que los estudiantes deberían tener la posibilidad de participar directamente en las decisiones que toma el centro escolar, pero también, la garantía y promoción de su voz como un elemento válido en las instancias de decisión de sus propias comunidades. Tal como se mencionó con la autonomía y capacidad de gestión que se les debe garantizar a los estudiantes en el aprendizaje de nuevos conocimientos, se les debe garantizar lo mismo en relación con las instancias de decisión, y participación social y política. Ésta es una labor que empieza en la escuela pero que debe incluir a la comunidad en tanto ésta debe reconocer la legitimidad de esta participación. Todo esto articulado desde la escuela como lugar privilegiado de encuentro.

La interacción de la escuela con la comunidad

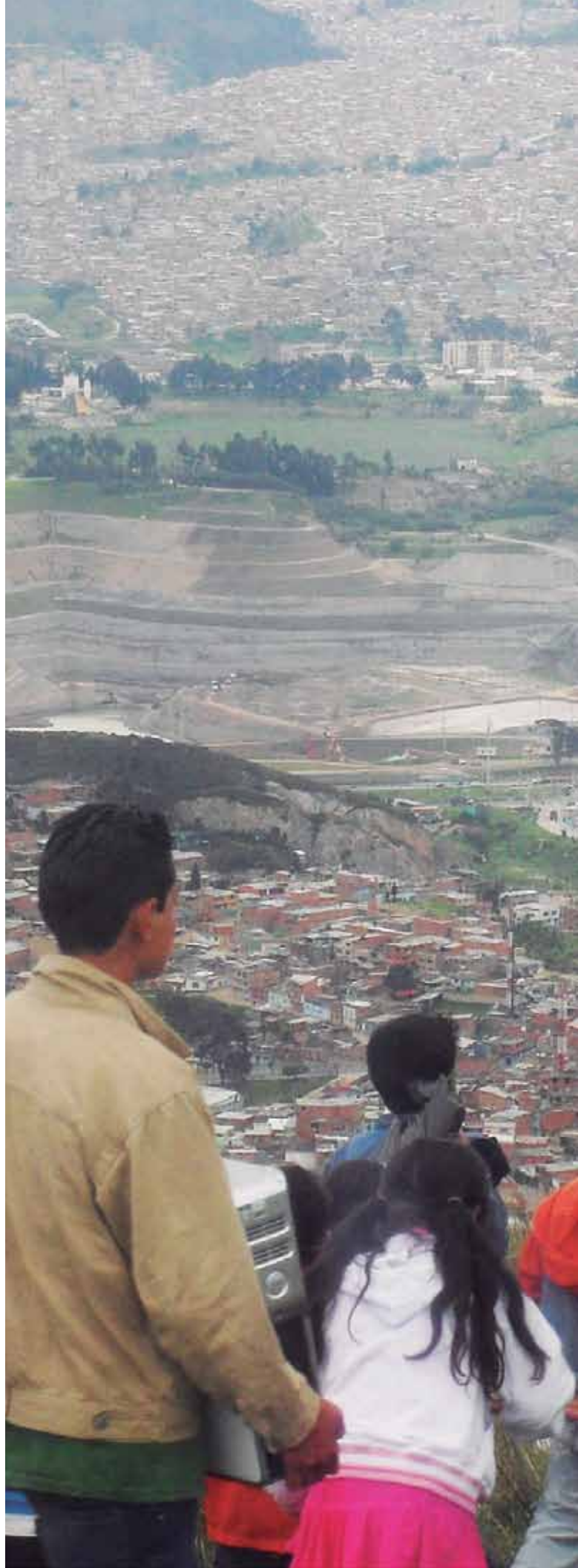
La escuela como articuladora de los demás sectores

Hemos visto hasta acá cómo la educación en valores puede ser adoptada en la escuela desde los diversos procesos que lleva a cabo. Sin embargo, el tema de educación en valores, aunque

tradicionalmente ha sido asumido en gran medida por la escuela, no es un trabajo que sea responsabilidad sólo de ésta. Las familias y las comunidades deben también participar directamente en estos procesos de formación, a través de su propia intervención. El reto está en cómo impulsar desde la escuela estos procesos.

Entendemos que el reto de incorporar a las familias y comunidades en procesos de deliberativos y de discusión es grande. Pero la escuela tiene variadas herramientas para llevar a cabo estas pretensiones. Cabe mencionar que un momento apropiado de promoción de la deliberación y debate como estrategia de formación, es la participación de la comunidad en la planificación y gestión del centro educativo. Es importante que la comunidad y las familias participen de la elaboración y puesta en marcha de esa visión y misión institucional que se elabora en el centro educativo. Así mismo, necesario que se incorporen en el logro de esas metas deseadas, porque el proceso educativo y su realización no ocurren sólo al interior de la escuela. Por lo tanto, el primer paso para garantizar la participación de la comunidad y las familias en la formación en valores, es que éstas participen directamente en la gestión y solución de los problemas escuela.

Otra herramienta que tiene la escuela, si volvemos a la necesidad de contextualizar el currículo, está en la práctica investigativa del contexto. Esta práctica es la ocasión ideal para proponer a los actores externos a la escuela un ejercicio de deliberación y debate conjunto. En ella se determinan ¿Qué aspectos de las realidades cercanas a la escuela son necesarias de retomar en las clases? ¿Cuáles son los problemas que aquejan más a las comunidades? ¿Cómo participan la escuela y los demás estamentos? Por lo que se constituye un momento ideal de formación en valores; se construye en la participación directa de otros sectores a través del ejercicio de la deliberación. Además se incorpora en el proceso educativo otros sectores que





tradicionalmente son relegados o separados de éste.



Pero la idea es de doble vía, es decir, es necesario que la comunidad y las familias participen directamente en la planificación de las metas y acciones que plantea la escuela. Pero también que la escuela participe en las propuestas y actividades que llevan a cabo las organizaciones comunitarias. Es necesario que los docentes y directivos tengan conocimiento y participen en las propuestas de solución de los problemas de la comunidad. Pero sobre todo, es necesario que desde la escuela se promueva que los estudiantes participen directamente en la deliberación y puesta en marcha de las acciones que pretenden solucionar sus problemas. Es necesario que legitimen la voz de los niños y niñas que también son ciudadanos plenos.

3. El tema de valores desde la perspectiva de Fe y Alegría

¿Qué podría significar para Fe y Alegría: “educar en valores en un mundo complejo”?

Hemos mencionado que abundan en la actualidad las caracterizaciones y diagnósticos que se hacen sobre “la realidad de los tiempos”. Muchos se animan a considerar que vivimos en una situación de crisis que se juzga fácilmente de acuerdo a la posición desde la cual emiten el juicio. Así, pareciera que nos enfrentásemos a un monstruo de varias cabezas y diversos rostros: crisis financiera, crisis ambiental, crisis de desarrollo, crisis religiosa, crisis de los valores. Ciertamente el estado del mundo y de nuestras sociedades, hoy por hoy, no es el ideal. La injusticia camina, se reproduce y muta, anquilosándose o estableciéndose cómodamente en el seno de nuestra realidad. Sin embargo, todo esto hace parte de transformaciones sociales profundas que debemos afrontar entre todos con el ánimo de encontrarle soluciones a esos dilemas que se nos presentan, dejando de lado la nostalgia que algunos presentan. Precisamente por ello, antes de sumarnos al coro de lamentaciones, nos gustaría hacer un repaso somero sobre los retos y desafíos que se ciernen para quienes desean trabajar en la formación en valores en un mundo complejo.

Quizá, uno de los rasgos característicos del ‘espíritu’ de nuestros tiempos, sea el derrumbamiento de los grandes relatos que orientaron y dieron sentido (principalmente en el mundo occidental, pero también en otros territorios del mundo) a las acciones de mujeres y hombres a lo largo de sus vidas. La Religión, Ciencia, Historia y Razón son cuestionadas, pues su fundamentación parece no poder sostenerse en un mundo en el cual sólo existe el individuo y su subjetividad. En esta situación, todo lo demás son fabulaciones o invenciones literarias.

Los giros lingüísticos, estéticos y culturales que han acompañado nuestros días, sacan a relucir las contradicciones y tensiones que abundan en muchos de los lugares en los que antes encontrábamos certezas. De igual forma, se constituye como un hecho irrefutable, la ampliación y diversidad de formas de entender el mundo, las distintas formas de considerar lo que es una vida que vale la pena vivirse, la asimetría de cosmovisiones que no son reconciliables ni siempre conmensurables entre sí. La pluralidad nos invita a enfrentarnos a una experiencia de encuentro con los otros, de dialogar, construir y convivir con ellos.

En un mundo complejo y cambiante, donde la ‘realidad’ encuentra nuevos campos de manifestación, en el que todos los discursos se enfrentan a la sospecha y riesgo de su absolutización, puede parecer risible o descabellada la idea de exigir una formación en valores como componente del derecho a una educación de calidad. Frente a estos hechos algunos encuentran la salida en apuestas que ponen el énfasis en la vida individual y su posición frente a la vida. El nihilismo, el relativismo y el ironismo son otras tantas manifestaciones que abrazan la imposibilidad de fundamentar hoy la moral y la ley, más allá de los referentes concretos de una cultura en un momento histórico determinado. De forma en ocasiones escondida, los valores y principios del mercado se arraigan, afianzándose las ideas de individualidad radical y racionalidad instrumental, que habrían alarmado incluso a quienes se suelen referir como sus más antiguos promotores.

Precisamente por ello, para Fe y Alegría, la situación amerita otra postura y determinación. En primer lugar, como Movimiento de Educación Popular Integral y Promoción Social, partimos del hecho de indignarnos frente a la injusta situación de muchas mujeres, hombres, niños y niñas en el mundo. Asimismo cuestionamos el daño que se le ha hecho a la naturaleza, bajo la concepción de que desarrollo equivale a crecimiento económico y aumento del PIB solamente. Lamentablemente ésta no es sólo una situación del presente (que en

ocasiones se agrava y en otras se transforma), sino que viene siendo el resultado de toda una secuencia de acontecimientos, que bien podrían calificarse como catastróficos.

Fe y Alegría nace en Caracas en 1955, precisamente bajo este signo, en la medida en que la vivencia de la fe cristiana frente a situaciones de injusticia anima el compromiso con los procesos históricos de los sectores populares. Esta experiencia se replica en distintos continentes, países, ciudades y municipios. El criterio de valoración no es otro que el de contrastar la realidad de los marginados, excluidos y despojados, frente al mensaje del Reino de Dios. El carácter patológico de nuestras sociedades se declara abiertamente cuando se confronta con el mensaje de amor, fraternidad y justicia que proclamó Jesús. Frente a la constatación de las condiciones de injusticia, Fe y Alegría alza la voz reclamando el reconocimiento de la dignidad humana. Proclama que en un mundo de valores relativizados, no es negociable el hecho que nuestra condición humana acarrea consigo un componente irrenunciable de dignidad:

“Dignidad que es absoluta en cada uno de nosotros, porque la tenemos simplemente por ser seres humanos. Dignidad absoluta porque la dignidad no puede crecer. Es igual para todas y todos siempre. Dignidad que nos pone a todos en igualdad de condiciones ante las leyes. Esta dignidad tampoco puede disminuir. Por ello, queremos vivir la dignidad, celebrar la dignidad, compartir la dignidad, proteger la dignidad, acoger a otros en el horizonte de la dignidad compartida. Por ello, educamos para que todas y todos puedan comprender la hondura de la dignidad humana, puedan vivirla, puedan apropiarse de ella como fuerza de carácter y fuerza constructiva, y puedan compartirla.

Además, como seguidores de Jesús, afirmamos que en Él nuestra dignidad adquiere todo su valor, valor absoluto porque cada uno es amado de manera personal con un amor para siempre y es impulsado a construir en el amor la felicidad de los demás sin miedo. Por eso, la experiencia de Jesús, al tiempo que afirma la profundidad de la dignidad humana la libera de todo egoísmo, de toda centralidad en el orgullo, de toda búsqueda de reconocimiento o recompensas y la pone en que somos amados sin condiciones y lanzados a la dinámica de amor a los demás sin esperar nada en retorno, sino la alegría que da la entrega a los demás en un amor que se convierte en la celebración de la dignidad de todos”⁶

Esta es la convicción que anima a Fe y Alegría a comprometerse con los valores de la justicia, la libertad, la participación, la fraternidad, el respeto a la diversidad y la solidaridad. En este camino, tal y como lo reconocen los documentos del XLII Congreso Internacional de Fe y Alegría, nos debemos y queremos encontrar con mujeres y hombres que profesan otras religiones, que son ateos o que son agnósticos. Con aquellos que comparten el proyecto y la misión de Fe y Alegría, en su diversidad, queremos tender brazos y voces en un diálogo ecuménico e interreligioso. La “humildad confesional”, aquella que no se avergüenza de su espiritualidad, pero que reconoce la amplitud del mensaje de Dios, invita a trabajar en la diversidad por la transformación personal y social, asumiendo el pluralismo como un hecho de *celebración, reflexión y diálogo*.

Es desde esta posición que se presenta la siguiente aproximación a la educación de valores en la actualidad. Es una propuesta que se funda en la convicción de que vale la pena formar en valores, pues son un elemento imprescindible de cualquier apuesta de educación integral. Se plantea desde el convencimiento que el derecho a una educación de calidad para todos y todas, asiste y se construye desde la constatación de la dignidad humana, sin diferencias de género, etnia, religión, raza o condición. La propuesta se construye sobre la base de que la misión de Fe y Alegría no es convertir personas al catolicismo, sino transmitir el mensaje que es necesario pensar y actuar para acercar el Reino a todos y todas. La educación en valores es una necesidad y demanda de la sociedad para la educación, pública y privada, y por ello no requiere de sobrenombres. En palabras de Leonardo Boff: “No hay un arca de Noé que salve a algunos y deje perecer a los demás. O nos salvamos todos, o perecemos todos”.⁷

[6] Palabras de Provincial Padre Francisco de Roux S.J. En el “XLII Congreso. Identidad y espiritualidad al servicio de la misión” de Fe y Alegría, (11 al 13 de Noviembre 2011).

[7] Recuperado de edant.clarin.com/suplementos/zona/2008/24/2-01744891.htm, el 20 de octubre de 2012.

A continuación se presentan algunos textos para las personas interesadas en profundizar en el tema de la revista.

Toro B. y Tallone, A. Educación, valores y ciudadanía. España. OEI: 2011.

Martinez M. El Contrato Moral Del Profesorado: Condiciones Para Una Nueva Escuela. Desclée de Brouwer: 1998.

Puig J. La construcción de la personalidad moral. España Paidós:1996.

Algunos
documentos
interesantes